

bueno, dignísimo compañero del otro, desistió de su sanguinario empeño, después de haber abrumado de improperios al notable personaje, quien á no haber su adversario quitado el dedo del renglón, hubiera ido á denunciarle á los jueces.

V

Don Jorge, escarmentado con la ocurrencia á que había dado lugar su mala conducta, pidió consejo á un amigo suyo, quien le hizo advertir que no hay felicidad permanente y sólida para un hombre casado, fuera del regazo de su esposa.

Carlota, recordando siempre el crítico lance que había tenido con don Luis, quien había divulgado por todas partes lo que tenía ella en el brazo; Carlota que al recordar el crítico lance conocía el precipicio en cuyo borde había puesto locamente la planta, se guardó muy bien de ponerse en coyunturas comprometidas.

Julia quedó para siempre abandonada de su marido, y hecha la hablilla de las gentes.

En cuanto al esposo ultrajado, se ausentó de la República.



EL PAROXISMO.

I

Pues ese cielo azul que todos vemos
Ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza.
ARGENSOLA.

Ya lo ves, lectora mía; profundo é indescible quebranto debe reinar en esa casa de donde acaba de salir el viático. ¿Qué importa, no es verdad, que el edificio, así por el elegante cortinaje de sus balcones, como por su primorosa arquitectura y su ancho zaguán y sus preciosos coches acuse abundancia en riquezas y comodidad; qué importa esto, digo, para el dolor de los que le habitan? ¿Quién sabe si es un hijo, única y carísima esperanza de una madre que en él idolatra, ó una hija dotada de sobresalientes virtudes, ó un padre, ó...

Quién sabe quién es la criatura que está en el trance postrero?

Lectora mía, déjale que muera, puesto que no está en tu mano prolongarle la vida y que tal vez el moribundo ve sin pena llegarle la muerte á su cabecera. Rézale lo que tu piedad te dicte y pasemos á otra cosa; quiero referirte cosas que te diviertan.

II

El cielo estaba triste; espesos nubarrones le cubrían, negros como la tentación del parricidio.

Bien á pesar de la lóbreguez del cielo, en una casa no sé de qué calle de México hay en este mismo día una fiesta brillante: una boda.

Muchas personas han concurrido á celebrar el enlace, y así en los adornos del salón como en el traje de los circunstantes se echa de ver que los novios son bajo todos aspectos de lo más lucido de la sociedad; ahora, por lo alegre de los semblantes de cuantos aquí se hallan no puede menos de entenderse que Himeneo ha entrado en la casa bajo los más dichosos auspicios.

¿Qué importa que el cielo esté cubierto? ¿Acaso la atmósfera tiene nada que

ver con las alegrías ó los dolores del mundo? ¿No sucede más bien que uno sienta el día ligero y pesado, según está ensanchado ó comprimido el corazón? El día tan horroroso hace hoy! Pero también, hay una catástrofe, y el que de ella reporta las consecuencias exclama: ¡qué día que está triste y nebuloso el firmamento, ocurre un suceso próspero tal vez á la misma hora, en el propio instante, y aquel á quien redundaba provecho, exclama sí, pero con muy otro acento: ¡qué día tan apacible hace hoy!

Sin duda, bien á pesar del cielo, la novia, linda muchacha rubia como nos pintan á los querubines, está rebosando en júbilo. ¿Y el novio? ¡Oh! no hay palabras con que explicar su gozo de una manera que sea bien comprendido. El es muy bien apersonado, lo mismo que ella; él está muy bien plantado, lo mismo que ella, y no hay en toda la sala, llena como está de buenas caras y de lujosos atavíos, quien sea capaz de competir con los novios ora en gracias personales ora en compostura.

¡Gozad, felices hijos de Adán y Eva!

Paladeaos con la dicha que disfrutáis, pues la vida es el banquete del cuitado Damocles....

III

Un "pronunciamiento" está en visperas de estallar. Los conjurados se agitan, la población se mueve de aquí para allí.

Entre tanto, una partida de soldados se introduce en una casa de la calle del Coliseo Viejo, sorprende al que ayer celebró sus bodas, y á pesar de la resistencia ¡débil, ay! de su atribulada y amante esposa se le llevan consigo, arrebátandole de sus brazos.

¡Cuán profundo, cuán agudo es el dolor de la pobre mujer, de la infeliz consorte! Quiere gritar, esfuerzase por pedir auxilio de los fuertes, compasión siquiera de los débiles, pero no puede ni aun proferir sus lamentos, tiene añudada la garganta. Sin embargo, corre desolada, tropezando y cayendo en pos de los que alevos le llevan la mitad de su alma, y después de atravesar con ellos dilatadas serranías, vélos entrarse en un lóbrego castillo que no conoce y de que nunca ha oído hablar.

¿Qué van á hacer allí con su marido, con el compañero que Dios le ha dado para atravesar este valle de lágrimas? ¿Cómo es posible que á la voluntad criminal de un hombre, se arrebate á un marido de

su mujer y sean así separados los que Dios y el mundo han declarado indisolublemente unidos para toda la vida?

La desconsolada esposa se retira á pedir al supremo dispensador de todo consuelo, el consuelo que tanto ha menester en su tribuación profunda. Entrase en una iglesia.

Trás un momento de fervorosa oración, levántase y recordando que su desdichado esposo carece quizá de alimento, proveese de unos sustanciosos panecillos que al paso encuentra, y vuélvese al punto donde ha sido encerrado su marido.

—No se oye aliento humano, dícese para sí la joven, pegando su oído á las verjas del sótano. ¡Dios mío! ¿qué será de él?

Percíbese en esto un lánguido quejido que ella conoce y que le traspasa el alma.

—¡Dueño mío de mi vida! exclama con ahogada voz y tiernísimo acento; ¡aquí estoy yo, aquí está tu esposa querida! Aquí te traigo, alma de mi alma, alimento para que no desfallezcas de necesidad y que así te preste Dios espíritu para....

—¡Ah!.... ¡estoy muriéndome!... Mas no desespero....

—Aquí tengo con que te sustentas, ¡vida mía!... Pero ¿cómo te lo pasaré?..... ¡Ah! aquí, con esta rama de sauce....

Arranca la joven una rama de sauce, clava el pan en un extremo y descuélgale por entre los barrotes de hierro.

Mas de pronto hieren sus oídos voces desaforadas que claman ¡Muerte!... Oye gruñir por encima de su cabeza un horrenda tempestad, deshecho huracán cimbra los árboles, y como en el día terrible del juicio siéntese un terremoto terrorífico.

IV

—¡Ay! exclama Eulalia volviendo del paroxismo.

Y abriendo trabajosamente los ojos, percibe en derredor suyo semblantes llorosos y afligidos, y siente sus brazos cruzados y atadas las manos....

Eran las doce de la noche.

V

En el mes de junio del año 1,850, el cólera-morbo asiático esparcía la consternación y la muerte en México.

Eulalia Ferriz, doncella preciosa, de una familia rica de que era la idolatría por sus prendas físicas y morales, apalabrada en casamiento con un joven que la merecía,

la vispera de darse las manos fué acometida de la epidemia.

Desde un principio, lo azulado de la lengua, lo vivo de la sed, lo apagado de la voz, lo frío del aliento, todos los síntomas en fin que caracterizan el período álgido de la enfermedad y que determinan un ataque fulminante del cólera, habían quitado toda esperanza al médico de la casa, el cual era uno de esos hombres sumamente pobres de espíritu cuando se trataba de combatir la epidemia asiática y luchar á brazo partido con ella. En consecuencia, mandóla disponer para recibir la muerte como cristiana, y cada vez más asustado con los síntomas que veía tornarse más y más graves, declaró á los deudos de la enferma que no había en lo humano esperanza de salvarla.

En este punto, es decir cuando acababa de recibir el viático Eulalia, hemos comenzado este relato.

Entre tanto, un paroxismo acometió á Eulalia. Llamóse inmediatamente al facultativo, y éste en vista de aquel similitan perfecto de la muerte, la declaró bien y debidamente difunta. Y la desconsolada familia, en virtud de la declaración del discípulo de Hipócrates, procedió á vestir y tender á la muerta para mandarla conducir al cementerio.

Pero Dios que sabe un poco más que los

médicos más hábiles y que en el cólera-morbo asiático particularmente, se complace en dar á conocer de una manera patente cuán vana é ignorante es la humana ciencia; Dios dispuso que aquella muerte de Eulalia no fuera sino una suspensión larga y engañosa, pero aparente de la vida.

VI

Eran, pues, las doce de la noche cuando Eulalia volvió de su paroxismo.

Al punto que las personas de la familia percibieron el quejido de la joven, mandaron buscar á un médico.

Hacia un tiempo malísimo: llovía á torrentes.

El médico que había desahuciado á Eulalia, se guardó muy bien de levantarse de su cama, donde muy bien arropado, y temiendo á cada rato ser acometido de la sensible epidemia, no podía conciliar el sueño. Otros varios facultativos se solicitaron en vano, de suerte que á no haber sido por la feliz inspiración de una persona muy allegada á la familia, Eulalia hubiera carecido hasta el día siguiente de todo auxilio médico.

La persona, pues, de que hablamos, ocurrió inmediatamente al hospital de Je-

sús y de allí regresó á la casa de Eulalia acompañado de don Luis Prieto, cursante en medicina habilitado para ejercer entonces.

Don Luis, el modesto pero excelente médico, luego que hubo llegado á la cabecera de la enferma, al advertir en ella un pulso ya perceptible, al ver ir desapareciendo la "cianosis," (1) ir tomando color el rostro, é irse inyectando los ojos, conoció que el período "algido" (2) cedía su lugar al de la reacción, y mandó al punto aplicar enérgicos estimulantes. Y la Providencia favoreció de tal suerte los esfuerzos inteligentes del modesto cursante, que á la vuelta de ocho días la difunta Eulalia Ferriz se encontraba completamente restablecida, á despecho de la declaración del médico de marras y del fulminante ataque por que había pasado.

Y don Luis, satisfecho de haber arrancado otro semejante suyo de las garras de la mortífera epidemia, modesto y activo siempre, volvió á prestar su eficaz auxilio á los pobres, á los necesitados, para quienes estaban siempre cerradas las puertas de los médicos pusilánimes ó de los médicos que vendían su ciencia á peso de oro.

(1) "Cianosis;" color azul.

(2) "Algido;" frío ó de enfriamiento.

VII

Eulalia con su familia buscó en el Pedregal refugio de la epidemia asoladora.

En agosto, cuando la ausencia del cólera-morbo, de México, hubo tranquilizado los ánimos, la joven se desposó con su amante y vive feliz con él.



LA ADIVINACION.

—Vamos, bella gitana, decidme la buena-ventura.

—Vida mía, mirad que hay en los horóscopos cosas que suelen espantarnos hasta á nosotras.

—¡Ay, Dios! ¿Pues qué, os parece que habrá algo malo en mi porvenir?

—Tal vez. . . .

—Bueno, bueno; decidme, decidme siempre la buena-ventura.

Y así diciendo, la joven que tanto afán manifestaba por saber lo que el porvenir encubre bajo con su gruesa y negra capa y que solamente á Dios es dado ver, extendió, entre temerosa y resuelta, poniéndosele ora encarnado, ora amarillo el ros-